



⊖ RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Espacio y sociedad. Reestructuración espacial de un antiguo enclave minero,
Camilo Contreras Delgado, Tijuana, B.C., México, D.F.,
El Colegio de la Frontera Norte y
Plaza y Valdés Editores, 2002, 191 pp.

Humberto Palomares León*

Espacio y sociedad. Reestructuración espacial de un antiguo enclave minero es un insumo cualitativo para los estudios regionales ocupados en conocer la riqueza territorial de la dinámica social y económica. Este libro alienta al lector a la reflexión y el debate sobre la estructuración territorial desde la perspectiva del papel que en ella juegan las acciones de los individuos; es decir, en palabras del autor, sobre “La relación entre estructuras sociales y espaciales [...]”.

La obra contiene seis capítulos y las conclusiones. Los tres primeros establecen el marco analítico e histórico. El capítulo uno presenta los procedimientos de análisis, así como el diálogo teórico y metodológico; el dos expone la constitución de la trayectoria histórico-espacial en la que surge el caso de estudio (específicamente, sobre los orígenes de la cuenca carbonífera del estado de Coahuila, México); el capítulo tres aporta una discusión sobre la particularidad del caso de estudio –Minas de Barroterán, Coahuila–, un

caso susceptible de analizarse como *enclave tardío*. El autor insiste en que esta característica define la forma particular en que se estructura y desestructura el enclave, antes y después del vínculo con el centro productor: la ciudad de Monclova, Coahuila. Los restantes capítulos pueden agruparse en torno a la presentación de sucesos, los signos y espacios en los cuales agentes y estructuras (exógenas y endógenas) participan en el proceso de internación del espacio donde (con)viven; en otras palabras, los sucesos que llevan a los mineros a conseguir metas que se proponen, entendidas como parte de su pertenencia territorial. El autor organiza los siguientes tres capítulos de la siguiente manera: en el capítulo cuatro construye la argumentación en torno a la conformación de la pertenencia socioterritorial de los agentes en el enclave; en el cinco elabora la discusión sobre los factores exógenos desestructurantes del enclave; en el capítulo seis establece las características sociales

*Investigador de El Colegio de la Frontera Norte, Dirección Regional de Nuevo Laredo. Dirección electrónica: hpleon@colef.mx.

que tienen mayor relevancia en la nueva estructuración en el período posenclave.

A sabiendas de que un resumen empobrece la riqueza discursiva del libro reseñado, opto por presentar un diálogo crítico centrándome en algunas reflexiones y categorías que propone el autor. En particular, en dos de las categorías que lo preocupan: *estructura espacial* y *pertenencia territorial*. La dialéctica que establece Contreras con las fuentes consultadas (investigaciones filosóficas, sociológicas y de geografía humana) le permiten redimensionar conceptualmente estas categorías. El autor reconstituye y reestructura la compleja discusión de los aspectos del espacio, el tiempo y el territorio, considerando como bases empíricas la participación de los mineros en los aspectos sociales y políticos de su comunidad, así como la relación que estos sucesos establecen como puntos de comparación con comunidades de mineros cercanas. Los *barroterranenses*, constituidos en agentes estructurantes del espacio, dan significado a su territorio y su tiempo, con lo cual sus acciones los convierten en sujetos de la investigación que emprende el autor. Acciones y agentes que se convierten en evidencia empírica y base analítica y discursiva que invita a volver la vista y el interés de los estudios regionales hacia las herramientas de geografía económica y humana y hacia el aspecto micro de la estructura, que edifica y reestructura el aspecto macro.

Ante la coyuntura del año 1989 (*perturbación*, le llama el autor, refiriéndose a la clausura de la mina de carbón de la cual dependía el enclave), los pobladores de Minas de Barroterán no sólo modifican

su entorno para reforzarlo, sino que lo desbordan expandiendo los límites tradicionalmente considerados como propios de un enclave. Camilo Contreras entretiene el *cómo* de la estructuración espacial y regional de la respuesta de los habitantes del enclave y afronta esa tarea utilizando categorías como *estructura espacial*, *enclave tardío*, *mercado de trabajo local* y *pertenencia territorial*.

La búsqueda de trabajo y las redes de confianza que los pobladores de Minas de Barroterán entretajeron en principio mediante la organización gremial y luego mediante la participación activa de las mujeres, se convierten en la base de apoyo para aferrarse al lugar y permanecer en él. Si el centro productor (Monclova, Coahuila) que sostiene al enclave había dejado de tener los vínculos tradicionales con el centro urbano de éste, y si la economía local (*enclavizada*) permanecía sin diversificación, era predecible la desaparición de la comunidad de Minas de Barroterán. Ésa predicción se basaba en fuentes teóricas y empíricas que Contreras presenta en el capítulo uno. Sin embargo, ante la evidente permanencia del enclave, el autor se pregunta: ¿por qué Minas de Barroterán permanecía una década después de que los vínculos con el centro productor habían desaparecido? Los capítulos cuatro y cinco presentan la respuesta del autor.

Se destacan, a lo largo de la obra —y en particular, en esos capítulos—, anécdotas relacionadas con el modo como los mineros comenzaron a adquirir sentido de pertenencia, y cómo se consolidó éste a través de las estructuras sociales que los pobladores construyeron y cimentaron terri-

torialmente. Es de particular relevancia una entrevista (nota al pie de la página 140) donde se evidencia *cómo* los habitantes del enclave lo desbordaron o –si se me permite la expresión– lograron *desenclavizarse* aún antes de la *desestructuración* del enclave. Lo que para el autor son casos anecdóticos, en realidad forman parte de las diversas y probables estrategias que *buscaron*. Como un recurso objetivo y no como un hecho fortuito, el estudio ofrece documentación acerca del proceso de desbordamiento del enclave. Entre los argumentos que existen para explicar esas formaciones socioeconómicas, se establece que esa posibilidad no existía, y por eso los eventos (organización sindical y participación de la mujer en el mundo del trabajo) adquieren una dimensión conceptualizada, enfocada hacia metas precisas y alcanzables. En este sentido, puede afirmarse que la *movilidad laboral pendular* (una de las contribuciones del autor a los estudios de geografía humana) es un recurso territorial de sujetos en un enclave donde se presenta la especificidad de tomar decisiones alternativas y tener la posibilidad, los recursos y el aprendizaje para desbordar aparentes límites territoriales impuestos por la dinámica capitalista.

Elaborando un discurso a partir de Hartman, entre otros autores, Contreras establece que la espacialidad es una *propiedad* de quien, sea un individuo o un grupo de individuos, ocupa un espacio (lugar) y

cuyas cualidades existen en la medida en que quien lo ocupa las elabora. La clave radica en construir, delimitar y tejer discursivamente el *cómo* esa propiedad es asumida por quienes ocupan un espacio en un tiempo determinado. Esta condición es discutida con una lupa aproximada, aunque considerando otras características y fines discursivos, por John Friedman,¹ quien utiliza el concepto de *empowerment*, cuya significación discursiva es proporcionar al sujeto el poder, la fuerza o competencia para actuar y asumirse en un entorno específico. Es posible considerar cercana a esta discusión a la escuela del bienestar, encabezada por Amartya Sen. Sobre el *cómo*, Amartya Sen² ha propuesto la utilización del concepto *entitlement*, cuyo empleo se establece en términos de otorgar derechos para que al individuo le sean garantizadas la autoridad y las bases para la solicitud y el reclamo de los bienes indispensables para su (con)vivencia. Es posible encontrar una referencia adicional en este mismo sentido en la escuela californiana de geografía económica donde participa Michael Storper.³ Para éste, el *cómo* puede ser observado desde el concepto de *reflexividad*, entendido como la posibilidad de retroalimentación entre la toma de decisiones y el sujeto a quien éstas van dirigidas.

Tomar una decisión se convierte en un proceso de ida y vuelta, como un elemento crucial para observar el *cómo* los mineros

¹*Empowerment: The Politics of Alternative Development*, Cambridge, Mass., Blackwell, 1992, 196 pp.

²*The Quality of Life*, Oxford, Clarendon Press, 1993, 453 pp.

³“The City: Centre of Economic Reflexivity”, en *The Service Industries Journal*, vol. 17, núm. 1, Londres, Frank Cass Publisher, 1997, pp. 1-27.

de Barroterán adquieren poder, competencia y autoridad a través de la acción sindical y la participación de la mujer en el mundo del trabajo. El autor asienta que “No sería correcto afirmar que los habitantes [...] entienden su espacio para buscar trabajo fuera de su lugar de residencia [...]”.

Sin embargo, aquí difiero del autor, pues considerando que, como bien se muestra a lo largo de la obra, tan bien entienden su espacio, su lugar, su territorio, que mineros del lugar 1 (otra localidad minera) en el tiempo 1 (1989) optaron por abandonarlo, mientras que mineros del lugar 2 (Minas de Barroterán), en el tiempo 1 (1989), optan por mantenerse en él, con lo que establecen una dinámica cualitativamente diferente a la época del *desenclave*. Ambos grupos de mineros respondieron al factor exógeno, y lo que hace peculiar a Minas de Barroterán es que sus habitantes construyen un espacio que permea su respuesta, la cual puede ser entendida como resultado de su *pertenencia socioterritorial*, su *empowerment*, sus *entitlements* y como recurso territorial. En tal respuesta, los

participantes y sus acciones son a la vez objetos y sujetos de *reflexividad*.

Como apego al *terruño* se conoce coloquialmente a la actitud de irse del lugar pero manteniendo vínculos de retorno. Las estrategias y evidencias de pertenencia territorial que es posible traer a colación serían el envío de remesas,⁴ la transmigración,⁵ el *commuting*,⁶ y (o) simplemente los viajes migratorios cotidianos al lugar de origen dependiendo de fechas simbólicas,⁷ períodos vacacionales o cuando el período de trabajo en el lugar de destino se termina. Ha sido documentado, asimismo, que trabajadores migratorios deciden retornar al lugar de origen una vez que cuentan con los recursos y bienes que consideran necesarios para establecer sus propias actividades económicas o para la adquisición de bienes inmuebles, lo que evidencia su clara determinación y pertenencia territorial.

El trabajo de Contreras se sitúa dentro de la discusión de lo que significa irse pero sin irse. ¿Cómo explicar entonces que la tradición minera de los pobladores

⁴Remesas son los recursos que envían quienes trabajan en un país diferente de quienes reciben los recursos. Las remesas ocupan el tercer lugar en importancia para la balanza comercial de México, sólo después de los ingresos petroleros y las transacciones que se llevan a cabo como resultado de la actividad maquiladora.

⁵Transmigración es un fenómeno donde los individuos establecen un patrón de movilidad entre dos o más localidades, de diferentes países, por diferentes motivos. Una mayor discusión del concepto puede obtenerse en Tito Alegría, “Ciudad y transmigración en la frontera de México con Estados Unidos”, en *Frontera norte*, Tijuana, México, vol. 2, núm. 4, 1990, pp. 7-38.

⁶*Commuting* es la asistencia de trabajadores o consumidores a sus lugares de empleo o a mercados que se localizan en un lugar distinto de donde viven. Dos diferencias cualitativas en relación con el concepto de transmigración son que el fenómeno es observado en áreas fronterizas internacionales y se registra cada día.

⁷El simbolismo está fuertemente arraigado en el acontecer de las comunidades, sin importar el tamaño poblacional. Una referencia sobre simbolismo, espacio y economía puede ser consultada en Lash Scott y John Urry, *Economías de signos y espacio. Sobre el capitalismo de la posorganización*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1998, 465 pp.



de Barroteran se haya roto? ¿Por qué el minero de esa población no emigra? ¿Será cómodo vivir en un pueblo agreste? (ésta fue una de las primeras interrogantes que en relación con Minas de Barroterán tuvo el autor cuando conoció la comunidad). Estas impresiones son propias de la carga de prejuicios con los que el investigador enfrenta la tarea de entender el espacio y el tiempo. El hecho de hacerlas explícitas en el proceso de investigación es notable en el libro y es recomendable. Reconocer el tiempo-lugar en una simbiosis específica regional es un recurso necesario cuando se trata de comprender la naturaleza del comportamiento humano. Al citar al historiador griego Herodoto, Janet Jacobs⁸ refiere esta relación espacio-temporal en los siguientes términos:

Les contaré la historia tanto de las pequeñas como de las grandes ciudades. La mayoría de las que eran grandes son ahora pequeñas; y las que en mis tiempos han crecido hasta ser grandes fueron pequeñas en los tiempos pasados.⁹

Investigaciones sobre geografía económica han documentado que el proceso de cambio de la magnitud económica y demográfica de un espacio regional de-

terminado no puede entenderse sin la participación de los sujetos que establecieron cualidades únicas de desempeño. Es posible encontrar explicaciones dialécticas entre el *cómo* las establecieron y el *cómo* están interrelacionadas estas acciones en asentamientos humanos con diferente magnitud y éxito en la búsqueda de la expansión urbana y económica. Es recomendable el libro *Espacio y sociedad. Reestructuración espacial de un antiguo enclave minero*, de Camilo Contreras, porque evidencia que la felicidad humana se construye y estructura con el desarrollo de signos, lugares y experiencias de lucha y participación social que tienen un claro componente territorial. La frase “Somos el color de la tierra”, con la que se ha identificado el EZLN, tiene la cualidad de significar la pertenencia productivo-territorial de los que vienen habitando, desde épocas precolombinas, el sureste de México, y no sólo es un recurso de poética o romanticismo, como algunos analistas políticos tienden a clasificarla. La estructuración socioespacial del ser humano tiene un fuerte componente territorial, y es preciso destacarlo para entender y dirigir la política y la acción.

⁸*The economy of Cities*, Londres, Johnathan Cape Editors,, 1969, 267 pp.

⁹Este mismo discurso es interpretado por Michael Storper y Richard Walker, *The Capitalist Imperative. Territory, Technology, and Industrial Growth*, Basil Backwell, 1989. Ellos parafrasean a Herodoto en el sentido de que el historiador griego mantenía el reconocimiento en un mismo discurso, tanto para las ciudades

[...] que antes fueron grandes y ahora han dejado de serlo, como para aquellas que antes fueron insignificantes y ahora son grandiosas. Esto porque él estaba convencido de que “[...] la felicidad humana no permanecía en un mismo lugar”.





⊖ RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Latinoamericanos buscando lugar en este siglo,
Néstor García Canclini, Argentina, Paidós,
Estado y Sociedad, 105, 2002, 116 pp.

*Alejandro Monsiváis Carrillo**

América Latina amanece al siglo XXI ante una tensión central: las promesas del cosmopolitismo global y la disolución de los proyectos nacionales. De esta tensión se desprenden preguntas inquietantes por su sencillez y carácter fundamental: ¿qué significa hoy ser latinoamericano? Más aún, ¿quién quiere serlo y para qué?

Néstor García Canclini, en el ensayo *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo* —el cual le hizo merecedor del VIII Premio Lya Kostakowsky—, reflexiona acerca de la viabilidad de Latinoamérica en el horizonte de la posible firma del Acuerdo de Libre Comercio de las Américas en 2005 y la celebración, en 2010, de otro centenario de la independencia de varios países de la región.

El argumento vertebral del texto intenta responder a un desafío clave: indagar cómo puede América Latina sumar su creatividad y variedad literaria, musical y comunicacional “para convertirse en una economía cultural de escala, mejor inter-

conectada y con mayor capacidad exportadora” (p. 34). Este reto tiene lugar en un momento crítico para la región; un momento en el que las promesas cosmopolitas de la globalización se hacen sentir en un territorio cuyo futuro se desvanece entre deudas impagables, éxodos poblacionales, el fracaso de los modelos de desarrollo económico y la vacuidad de los proyectos de integración política. La contribución principal de este ensayo radica en que se aventura a plantear un conjunto de escenarios posibles para empezar a imaginar una participación diferente de Latinoamérica en los circuitos de la globalización. García Canclini señala que la tarea de reconstruir lo latinoamericano debe tener un eje en el campo de la producción simbólica y el intercambio sociocultural.

Las preguntas que plantea este texto, al igual que las propuestas que sugiere, giran en torno a la paradójica entrada de los latinoamericanos en la globalización. Resulta difícil, por un lado, negar que los

*Candidato a doctor en ciencias sociales. El Colegio de la Frontera Norte. Dirección electrónica: a.monsivais@lycos.com.

latinoamericanos hemos arribado al cosmopolitismo en el que los artistas plásticos y escritores veían, décadas atrás, el acceso a la contemporaneidad. García Canclini, con sutil ironía, indica que en la actualidad tenemos razones para celebrar las facilidades con que podemos comunicarnos con países distantes; que hoy en día podemos regocijarnos de cómo expanden sus negocios, en nuestros países, las empresas multinacionales; de cómo podemos disfrutar la ampliación de la oferta en centros comerciales, supermercados y sistemas de televisión por cable; y de que los viajes ya no son *privilegio de artistas y escritores de elite*, pues alcanzan a empresarios, turistas, políticos y migrantes en busca de trabajo.

Lo cierto es que —nos dice el autor—, de manera simultánea, la mundialización ha terminado con las promesas que se construyeron en los Estados latinoamericanos durante el siglo xx. A distintos ritmos, en distinta escala, América Latina aparece cada vez más como una región que pierde capacidad de autogestión e identidad político-cultural. Sus Estados nacionales, que durante décadas se esforzaron por constituirse como unidades autogestoras de un territorio político, una identidad cultural y un mercado homogéneos, han sido profundamente perjudicados por los procesos globalizadores. La identidad nacional homogénea como logro histórico, las políticas culturales diseñadas para expresar *alusiones telúricas* a los signos del pasado, al igual que el sentido de pertenencia a la *patria grande* latinoamericana, en conjunto, se desvanecen en la precariedad de su sentido actual. Del otro lado, la apertura económica, los acuerdos co-

merciales y la implantación de las reglas neoliberales como vía de acceso a los mercados mundiales no han tenido mejores saldos. La inserción de los países latinoamericanos en la globalización queda sintetizada de este modo:

pasamos de situarnos en el mundo como un conjunto de naciones con gobiernos inestables, golpes militares, pero con entidad sociopolítica, a ser un mercado: un repertorio de materias primas con precios en decadencia, historias comercializables si se convierten en músicas folclóricas y telenovelas, y un enorme paquete de clientes para las manufacturas y las tecnologías del norte, pero con baja capacidad de compra, que paga deudas vendiendo su petróleo, sus bancos y aerolíneas [...] (p. 46).

Las maneras en que nos hemos vuelto cosmopolitas nos han despojado, inclusive, de los recursos para fabricar los relatos acerca de nosotros mismos. Las imágenes de lo “latinoamericano” han quedado fuera del control de las naciones, lo mismo de sus políticas culturales que de sus vanguardias estéticas (literarias, cinematográficas o musicales). García Canclini señala que los nuevos administradores de la producción simbólica en la región son, principalmente, algunas corporaciones transnacionales —los grupos editoriales españoles, subordinados a megaempresas europeas (Bertlesmann, Planeta); grupos comunicacionales (Prisa, Telefónica y Radio y Televisión Española) y algunas empresas comunicacionales estadounidenses (CNN, MTV, Time Warner)—, al igual que algunos círculos académicos, que se encuentran mejor institucionalizados en los Estados Unidos, Europa y Canadá que en los mismos países latinoamericanos.

Entre la disyuntiva de defender modelos de identidad agotados o globalizarse tangencialmente con resultados adversos, García Canclini invita a pensar en otras formas de desarrollo basado en la potenciación de los recursos culturales y comunicacionales de nuestros países. Su argumento es que

la producción de bienes y mensajes culturales está ganando espacios protagónicos en los mercados globales. Es posible imaginar que en países donde las privatizaciones han ido desindustrializando, perdiendo bancos, líneas aéreas y hasta la riqueza del subsuelo, nuestros recursos culturales podrían contribuir a relanzar nuevos programas de crecimiento (p.58).

Las industrias comunicacionales se han convertido en una de las áreas más competitivas y de mayor conflictividad en el mundo contemporáneo. En este libro se explica que la expansión económica de las industrias culturales ha contribuido, ampliamente, a reforzar los desequilibrios históricos en los intercambios comunicacionales entre distintos países y regiones, en el acceso a la información y los entretenimientos, y en la participación de los ciudadanos en las esferas públicas nacional e internacional. De lo que se trata, precisamente, es de generar las condiciones necesarias para que los países y regiones latinoamericanos puedan competir en los mercados de las industrias culturales de índole transnacional.

Las tareas pendientes se plantean en términos ambiciosos, que exigen esfuerzos de gran escala, pero dibujando escenarios practicables. En términos generales, se trata de establecer leyes, políticas y

acuerdos transnacionales que protejan y den impulso a la producción cultural latinoamericana. Los países deben desarrollar políticas que promuevan el avance tecnológico y la expresión multicultural; impulsar políticas culturales articuladas con áreas estratégicas del desarrollo endógeno de los países; establecer acuerdos de cooperación transnacional en materia de cultura; y crear indicadores de desarrollo sociocultural. La participación democrática de los ciudadanos en la totalidad de este proceso se concibe como una necesidad fundamental.

El proyecto de integración en los circuitos mundiales de intercambio tiene un alcance que va más allá de una mera respuesta para el incremento de las relaciones comerciales, los ingresos de los países y el desarrollo económico. Posee además un sentido sociocultural. Se trata de hacer partícipes a las voces latinoamericanas en la construcción de una globalización sensible a las diferencias y las relaciones interculturales. Es un proyecto que busca reactivar la memoria y expandir los sentidos del futuro.

Esta apuesta permite replantear los significados y los procesos históricos específicos, lo mismo que el significado de las culturas populares, de manera que no queden como expresiones pintorescas de mundos desconectados del cosmopolitismo global. Por el contrario, se trata de que estas experiencias nutran las formas de dialogar y comunicarnos con los *otros*. Así, por ejemplo, el autor se pregunta: ¿en qué acabó el dolor de las dictaduras y otras violencias en el continente? ¿En “la dilapidación de experiencias históricas”

por medio de “la especulación financiera sobre las necesidades de las sociedades europeas y latinoamericanas” y “la disolución de las esperanzas democráticas en un juego frívolo de negocios corruptos, alineamiento con la destrucción global del Estado de Bienestar y retornos frecuentes del conservadurismo y la discriminación, sobre todo expresados en la xenofobia?” (pp. 82-83). Para García Canclini, la música, la escritura y el cine pueden hablar del olvido y “la recurrente actualidad de los tiempos sombríos”.

Cabe finalizar estos comentarios señalando que los planteamientos centrales de este ensayo no son estrictamente novedosos. Las discusiones teóricas en torno a las formas de entender los intercambios interculturales en Latinoamérica, la reflexión a propósito de las implicaciones de la transnacionalización de las industrias culturales y comunicacionales, y la conceptualización de nuevos esquemas de polí-

ticas culturales abiertas al intercambio con la alteridad en un mundo globalizado, son constantes en el trabajo de Néstor García Canclini.¹ De hecho, en *La globalización imaginada* (1999) se puede encontrar una discusión con más detalle, donde se tratan diferentes tipos de cuestiones conceptuales y empíricas, con una escritura que se desplaza entre distintos géneros y con propuestas concretas en términos de perfilar “una agenda cultural de la globalización”. Sin embargo, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo* es un ensayo que habrá de ganar un lugar propio en la literatura. No constituye solamente una síntesis destilada del trabajo intelectual de García Canclini ni se limita a señalar estrategias concretas para impulsar la competitividad comunicacional y cultural latinoamericana. Además de ello, nos invita a globalizarnos de otro modo, a imaginarnos de nuevo como interlocutores significativos en el diálogo cosmopolita.

¹*Culturas híbridas*, México, Grijalbo-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990; *Consumidores y ciudadanos*, México, Grijalbo, 1995; y *Las industrias culturales en la integración de Latinoamérica*, en coordinación con Juan Carlos Moneta, México, Unesco-Grijalbo-SELA, 1999.



⊖ RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

La Gran Chichimeca. El lugar de las rocas secas,
Beatriz Braniff C. (coordinadora),
México, Conaculta, Editorial Jaca Book, 2001, 306 pp.

Miguel Olmos Aguilera*

El camino a la Gran Chichimeca

La Gran Chichimeca. El lugar de las hojas secas, representa para todos los chichimecólogos una publicación que coloca en su justo valor los estudios arqueológicos de lo que hoy llamamos norte de México y sur de los Estados Unidos. Los que vivimos en la Gran Chichimeca vemos con orgullo la envergadura de esta obra, que en presentación y calidad de investigación se encuentra, en muchos casos, por encima de las publicaciones sobre la Mesoamérica central. Desde la aparición de *Antropología del desierto*, coordinado también por Braniff en 1976, y reeditado recientemente en 1996, han sido muy escasas las compilaciones que abordan con profundidad la realidad arqueológica de la Chichimeca.

Esta obra, bellamente ilustrada, está escrita por cinco investigadoras que han dedicado su vida al estudio de las culturas

arqueológicas del noroeste: la coordinadora Beatriz Braniff C., quien trabaja actualmente en el centro del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH)-Universidad de Colima; María de la Luz Gutiérrez, del INAH en Baja California Sur; Elisa Villalpando C., del INAH en Sonora; asimismo participan Marie-Areti Hers, del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, y Linda S. Cordell, investigadora de los Estados Unidos y miembro de la Academia de Ciencias de San Francisco, California. En cada capítulo de la obra, las autoras participan indistintamente de acuerdo con el período en el que se especializa su investigación arqueológica.

Tal como lo señala la doctora Braniff en la introducción, el libro cubre 14 000 años de historia, pero centra su atención en las regiones y culturas mejor conocidas en el trabajo de investigación. Esta obra, de carácter eminentemente diacró-

*Profesor-investigador del Departamento de Estudios Culturales, El Colegio de la Frontera Norte. Dirección electrónica: olmos@colef.mx.

nico, está dividida en seis grandes capítulos históricos con una introducción que ilustra perfectamente el contenido y las premisas sobre las que se define la región Chichimeca. Beatriz Braniff, reafirma su profunda convicción de llamar la *Gran Chichimeca* al actual territorio del norte de México y sur de los Estados Unidos, dejando atrás todo tipo de confusiones y malentendidos mesoamericanistas acerca de las denominaciones y clasificaciones del norte de México. A propósito de las representaciones de esa región y del mito que circulaba entre los mexicas –incluso antes de la llegada de los conquistadores– sobre lo inhóspito, salvaje y bárbaro del norte, la autora lo ejemplifica citando a los informantes de Sahagún:

Ellos llamaban aquella región *Chichimecatlali* –o tierra de los Chichimecas– también la *Teotlalpan Tlacoachcalco Miclampa*, –o “campos espaciosos que están hacia el norte-lugar de la muerte”–, y comentaban que “Es un lugar de miseria, de dolor, de sufrimiento, fatiga, pobreza y tormento. *Es un lugar de rocas secas*, de fracaso, un lugar de lamentación, es un lugar de muerte, de sed, un lugar de inanición. Es un lugar de mucha hambre, de mucha muerte” (p.7).

La obra está dividida en cinco capítulos: “Los más antiguos pobladores”, “Los nómadas de siempre”, “De las aldeas primitivas a los grandes poblados”; “Las grandes rutas de intercambio y comercio” y “El ocaso y la supervivencia”. Este último capítulo destaca las revueltas, *contactos*, y desencuentros entre indígenas, españoles y mestizos en la época posterior a la conquista.

Uno de los logros de esta publicación es resumir la investigación arqueológica

sobre el norte de México generada en los últimos 50 años. Cada capítulo contiene un cúmulo de información sobre la datación de objetos, sitios arqueológicos, petrograbados, mapas de la región, fechas, culturas y tradiciones arqueológicas, asentamientos humanos y todo tipo de evidencias dejadas por el hombre que ha habitado la Gran Chichimeca. El libro comprende, por un lado, los territorios del norte –fuera de Mesoamérica– que no fueron colonizados por los grupos mesoamericanos en los actuales estados de Coahuila, Chihuahua, Sonora, Baja California e inclusive el territorio de Arizona, Nuevo México y sur de Utah y Colorado, y por otro lado, la región de la Mesoamérica septentrional colonizada por grupos mesoamericanos durante los primeros 12 siglos de nuestra era, y ejemplificados en los actuales estados de Tamaulipas, San Luis Potosí, Querétaro, Guanajuato, Zacatecas y Durango.

En el primer capítulo, “Los antiguos pobladores”, las autoras nos presentan las fechas y los restos más antiguos encontrados en territorio chichimeca: puntas folsom, clovis, *plainiev*, *agate basin*, *firtiev* y *cody*, como evidencias de la caza de fauna pleistocénica, en la que se incluye el mamut, el buey almizclero y el *Bison anticus*, similar al actual bisonte de las praderas pero de mayor tamaño. Los fechamientos del período clovis ubican la presencia humana entre 11 200 y 10 900 antes de nuestra era, al final del período glacial. El análisis conjunto de los diversos sitios esparcidos en todo el noroeste muestra otros materiales líticos como acanaladuras de lanza, raspadores, cuchillos, navajas, perforadores y

herramientas de hueso (p. 17). El trabajo sobre la península de Baja California incluye datos de fechamiento de sitios donde se han encontrado puntas similares a las que se utilizaron en el pleistoceno en el norte de la Gran Chichimeca. El trabajo de Elisa Villalpando señala, en el estado de Sonora, por lo menos 12 sitios asociados con evidencias clovis.

En el capítulo titulado “Los nómadas de siempre en el noroeste” se indica que el período arcaico americano comienza en 5500 a.C., cuyo fin en el noroeste ocurre entre 200 y 500 de la era cristiana, período marcado por la aparición de la cerámica (p. 39). En el arcaico del noroeste, los antiguos chichimecas comenzaron a asentarse en planicies adonde llegaron a cultivar el maíz desde 1750 antes de nuestra era, en los actuales estados de Arizona y Nuevo México.

Dentro de todos los ecosistemas del norte de México, sin lugar a dudas el ambiente de la península de Baja California representó uno de los retos más grandes para los asentamientos humanos. El trabajo de María de la Luz Gutiérrez muestra cómo diversos grupos humanos de cazadores y recolectores vivieron al sur de la península. La investigación revela fechas de 4 000 años para la mujer de Jatay. Asimismo se ha encontrado, entre otros objetos arqueológicos, parafernalia chamánica como capas de cabello, bastones, tablas ceremoniales y pipas. A este período corresponden también las pinturas rupestres de la sierra de San Francisco.

En el tercer capítulo del libro, llamado “De las aldeas primitivas a los grandes poblados”, se expone lo que en arqueo-

logía se denomina el período formativo, que oscila entre 1400 y 50 a.C. En este tiempo surgen las primeras aldeas, que en algunos casos coinciden con la introducción de la agricultura en Mesoamérica. Los trabajos presentados en este apartado estudian no sólo el norte de la Gran Chichimeca sino las zonas consideradas como de transición, representadas, por un lado, por la tradición chupicuaro, que tiene su raíz en el occidente de México y abarca los actuales estados de San Luis Potosí, Guanajuato, el altiplano Potosino, Zacatecas y Durango; por otro lado se encuentra la cultura chalchihuites, entre los límites de Durango y Chihuahua en el sitio Loma San Gabriel, en Zacatecas en La Quemada, y en parte de Jalisco, territorios que fueron colonizados por toltecas durante el primer milenio de nuestra era. La segunda etapa de esta tradición, alrededor del año 600 de nuestra era, se caracteriza, entre otras cosas, por las representaciones del *kokopelli* o flautista, encontradas también en la cultura hohokam en el sur del actual territorio de los Estados Unidos. Se presume, además, que en el corredor donde aparece el *kokopelli* se localiza una de las rutas de intercambio con el noroeste. Otros de los objetos presentes en esta etapa son la turquesa y la amazonita, pertenecientes al ajuar funerario.

En un extenso capítulo, la investigadora Linda Cordell nos ilustra sobre cuatro grandes tradiciones arqueológicas regionales del noroeste: hohokam, anasazi, mogollón y paquimé. Estas culturas se remontan al arcaico tardío, entre el 200 y 500, y se prolongan hasta los siglos XII y XIII de

nuestra era. A diferencia de otras tribus principalmente de cazadores, se trata, sobre todo, de grupos sedentarios agricultores. La autora comenta que los hohokam ocuparon algunos de los desiertos extremos como el de Arizona y Sonora, asentándose a veces en las regiones de Trincheras en el norte de Sonora y Chihuahua, lo que deja entrever que la cultura trincheras es una extensión hohokam. Lo mismo sucede con paquimé, tradición a la que se le refería constantemente como una prolongación mogollón. No obstante, ahora se menciona como un núcleo diferenciado de ésta.

De acuerdo con ciertos restos, los grupos hohokam se alimentaban de liebres, ardillas, conejos, ratas y otros mamíferos pequeños. También sembraban maíz, frijol, calabaza y algodón. Al igual que algunos grupos contemporáneos del sur, cultivaban el bule, que utilizaban como utensilio para la comida. De igual manera se servían de algunas cactáceas como el saguaro, el nopal y otros agaves. En el desierto de Chihuahua, por ser más alto, se explotaba el pino piñonero. En el caso de los sitios hohokam se han encontrado decenas de canchas de juego de pelota en diversos sitios arqueológicos, como rasgo cultural de introducción mesoamericana. Los grupos hohokam, lo mismo que en otras regiones arqueológicas, tuvieron una cerámica particular producida de acuerdo con estilos y técnicas específicas de su cultura. Según Linda Cordell “Los diseños característicos de este período son patrones geométricos, intrincados en rojo sobre fondo café claro”. Por otra parte, respecto de otros objetos comenta: “Con concha se

fabricaban cuentas, pendientes, brazaletes, y anillos, objetos geométricos esculpidos y trompetas” (p. 162). Un dato sobresaliente en la información son las cifras para la población en el ocaso de la cultura hohokam. Según Cordell, en el siglo XVI

los o'odham [actuales pápagos del norte de Sonora y sur de Arizona], de la Cuenca de Phoenix, en estrecha relación de continuidad con los hohokam, se redujeron a una población de cerca de 3 000 personas, mientras que, según estimaciones, hubo ahí entre 30 000 y 60 000 en 1300. ¿Qué sucedió?” (p. 169).

En los sitios como Pueblo Bonito del cañón de Chaco, de los pueblos ancestrales, sobresalen las *kivas*, espacios ceremoniales por excelencia en este tipo de sociedades. Entre los sitios arqueológicos con construcciones tardías de los pueblos ancestrales se cuenta Mesa Verde, el cañón de Chelly y Hovenwep, que se remontan a la década de 1270. Entre las características de los pueblos ancestrales se encuentran las casas acantiladas, que eran construidas, entre otros fines, para la defensa. Esta forma de construcción, junto con la de los muros de tierra, se encuentra en diversas partes del noroeste como Paquimé, en el estado de Chihuahua, y las casas acantiladas se localizan tanto en Chihuahua como en la serrana sonorenses. Por su parte, la región de mogollón destaca por su cerámica y mimbres, con dibujos de insectos y animales. La autora concluye el capítulo con una somera descripción sobre la cultura de Casas Grandes, ejemplificada con el sitio Paquimé. Señala que los habitantes de este sitio eran parecidos a los de Mogollón “ya que pro-

ducían cerámica utilitaria de color café y vivían en casas foso” (p. 199). La ciudad de Paquimé llegó a albergar “*grosso modo*, a 2 240 personas y a controlar alrededor de 87 000 km² de territorio” (p. 204). El texto viene ilustrado con objetos representativos de Casas Grandes, como el cascabel de cobre en forma de tortuga y la cerámica antropomorfa policroma con diseños geométricos.

En el capítulo “Los pobladores de Sonora”, Elisa Villalpando nos vuelve a ilustrar acerca de las tradiciones arqueológicas de ese estado: al norte Trincheras, con el sitio cerro de Trincheras al poniente; Casas Grandes, con el sitio Paquimé al oriente; en el centro La Serrana, con el sitio San José Baviácora; en la costa, la Costa Central; y Huatabampo, en el sur de Sonora y norte de Sinaloa, con los sitios Machomomcobe y Guasave. En este último complejo arqueológico se encuentra la cerámica roja, descubierta inicialmente en Guasave por Gordon Ekholm. En el sitio Machomomcobe fueron halladas figurillas del tipo *Smooth face*. En los cerros de Trincheras, en el desierto de Sonora, se encontró la cerámica púrpura sobre rojo. En esta misma región y en todo el noroeste se han localizado varios sitios de arte rupestre, como La Proveedora, ubicado en el municipio de Caborca, Sonora. Prácticamente todas las tradiciones arqueológicas poseen objetos como el hacha de garganta, cuentas, brazaletes y diversos ornamentos de concha provenientes de la costa del golfo. En lo referente a Casas Grandes, las plumas de guacamaya eran objetos de intercambio con las culturas del norte, productoras de turquesa.

Las rutas de intercambio entre las diversas tradiciones culturales del norte y del sur de la Gran Chichimeca, consignadas perfectamente en la obra, ponen de manifiesto no sólo el intercambio de objetos sino el enriquecimiento entre las diversas visiones del mundo al interior de los antiguos pueblos del noroeste. Los objetos que circulaban se cuentan por docenas incluyendo motivos simbólicos, míticos, parafernalia ceremonial, turquesa, conchas, plumas, utensilios, herramientas y estilos cerámicos. Entre los diversos trabajos aparecen claramente delineadas las rutas de intercambio entre los sitios arqueológicos de la costa del Pacífico, entre Hohokam, Mogollón, Chaco, Casas Grandes y otros. Estas rutas indican, entre otros aspectos, la diversidad cultural generada durante el último milenio de nuestra era entre los antiguos grupos indígenas antes de la llegada de los conquistadores. De esta manera se terminan muchos mitos sobre el aislamiento y desarrollo independiente de los grupos antiguos.

El libro coordinado por Beatriz Braniff nos muestra, entre tantas otras cosas, que los grupos del norte vivieron intensas relaciones comerciales y de intercambio con los que se asentaron al norte y al sur de la Gran Chichimeca. Obras editoriales de esta naturaleza ponen de manifiesto la total irrelevancia de la frontera política actual, que no tiene más que 150 años. Este período, comparado con los 14 000 años de intercambio e intensas relaciones sociales y de experiencia cultural entre los grupos y culturas del norte, deja al descubierto, en el interior de la región, el inmenso vacío sobre la antropología en



general y sobre la arqueología en particular. *La Gran Chichimeca* nos ubica en una realidad temporal diferente, en la cual los asentamientos humanos y las relaciones culturales en el sentido norte-sur se describen y analizan con otra lógica social anclada en un profundo sustrato cultural que

proviene de una experiencia humana y civilizatoria de por lo menos un milenio y medio, que a pesar de las contradicciones políticas contemporáneas, continúa vigente entre indígenas y mestizos que comparten hoy en día la región de *La Gran Chichimeca*. *El lugar de las rocas secas*.

